

## ANTICLERICALISMO EN NUESTRA HISTORIA

KRAHN

bas que abrumaban a sus administrados con multitud de reglas y de leyes, de las cuales se liberan ellos mismos con la mayor facilidad». Estos Obispos tienen dos medidas, la más estrecha para sus súbditos y la más ancha para ellos mismos. Y llegarán además a angustiar a las almas con «excomuniones», «censuras» y «multiplicando a tal grado los preceptos, que se creería ver resucitar la ley de Moisés», esa ley que tenían los judíos del Antiguo Testamento, nada menos que con 613 mandamientos. En cambio, «ellos viven en el fago y la opulencia, y se entregan en cuerpo y alma a todos los vicios». Así hacen estos Obispos figura de «tiranos llenos de soberbia» y no de «pastores» (Fray Diego de Estella —Comentario a San Lucas—). Así hablaban del clero nuestros autores espirituales de la Edad de Oro.

A los predicadores los llama este fraile «indignos, que son como perros que ladran y que la gente hace cañar echándoles un hueso». Porque eran duros con los demás, a menos que sacasen de ellos alguna ventaja, y entonces por interés se callaban. De los religiosos afirma que «se ocupan de mil intereses temporales y frecuentan las cortes y palacios», en vez de ocuparse de las cosas del espíritu, usando en cambio su hábito como pasaporte para entrar en todos los lugares y darse buena vida. Por eso añade que se parecen a «centauros y sátiros» en sus costumbres y apatencias.

El Arzobispo de Valencia Santo Tomás de Villanueva habla de sus sermones populares de la «postración en que está la iglesia por causa del alto clero». Y dice: «¿No es el oro y la plata lo que buscan los Obispos?, y, en cambio, la salvación es su última preocupación». Por eso, «por haber los preladados abandonado el cuidado del pueblo tuvo entrada Lutero». La reforma protestante la atribuye, en parte, a la necesidad de luchar contra esos excesos episcopales.

### Exceso de clero

El gran mal de España estuvo en el exceso de clérigos que hubo en el país. Uno de estos clérigos, en el año 1771, confesaba con sinceridad: «Sacerdote soy, y confieso que somos más de los que somos menester» (Gil González Dávila —Historia de Felipe III—. Madrid, 1771). En tiempo de Felipe IV había entre nosotros unos doscientos mil clérigos, que según las estadísticas demográficas de la época supone el 2,20 por 100 de la población española de entonces. Ahora, que todavía nos parecen demasiados los clérigos del país, sólo alcanzan el 0,15 por 100. Este exceso de antes y, en parte, de ahora hace que intervengan en cosas que afectan al mundo seglar, dominándolo excesivamente, y proyectando sobre nosotros, con aparentes razones teológicas, sus problemas internos de carácter psicológico que tienen ellos personalmente mal resueltos.

Por eso se impuso también en

España, en el siglo XIX, la desamortización de los bienes eclesíásticos, como había pedido públicamente poco antes el católico Jovellanos, para evitar las «manos muertas». Esta posible amortización, incautándose de las excesivas riquezas eclesíásticas, la habían defendido nuestros teólogos clásicos —como Vitoria y Soto— aconsejando al gobernante que era lícita esta decisión cuando la riqueza eclesíástica perjudicase al bien del pueblo. Lo malo fue que, en el pasado siglo, esta riqueza pasó a manos burguesas que no la hicieron productiva ni para beneficio del pueblo.

El clero, al disminuir su riqueza y así su posible ambición crematística, según estos pensadores clásicos, viviría más independientemente y podría decir una palabra más autorizada por encima de los intereses de cada grupo del país. Y, al rebajar su número, los seglares podríamos tener un puesto más responsable y activo en la Iglesia, sin estar sometidos a la dirección



La obra de Américo Castro es un veneno de datos relacionados con el anticlericalismo en nuestra literatura.

paternalista clerical, sintiéndonos libres del dominio de este grupo eclesial sobre las cosas de este mundo.

Hoy todo cambia, y el sano anticlericalismo de otros tiempos ha tomado rumbos muy diferentes, que requieren un análisis detallado. Simplificando, hay que decir que el anticlericalismo no es ya —como antes— una característica exclusiva de la izquierda española, porque ha pasado a centrarse también en la derecha y en la ultraderecha del país, pero por motivos muy distintos de los sanamente clásicos entre nosotros. Lo que sí es cierto es que el clero disminuye palpablemente, con lo que muchas características de grupo cerrado, separado del mundo y dominador se irán perdiendo por razones puramente de número, y el anticlericalismo será cada vez menos necesario al haberse cumplido sus objetivos. ■

E. M. M.

